

alaíde foppa

arte en el simposio

Paralelamente al Primer Simposio Mexicano Centroamericano de Investigación sobre la Mujer se inauguró, en el Museo Carrillo Gil, que dirige Miriam Molina, una amplia exposición de mujeres: pintoras, escultoras, ceramistas, tejedoras, fotógrafas, grabadoras. La organizamos Raquél Tibol, Silvia Pandolfi y yo; participaron más de ochenta artistas, con dos obras cada una, ya que el espacio no permitía un número mayor. No fue, sin duda, una exposición homogénea y tampoco era posible apreciar debidamente el carácter y el valor individual de cada una de las participantes, pero creo que la muestra alcanzó su objetivo: el de señalar la capacidad creativa de las artistas de México, mientras en las jornadas del Simposio se discutían los problemas que afectan a las mujeres en terrenos diferentes.

En otras circunstancias, probablemente no se justificaría una exposición de mujeres (y muchos —las artistas mismas— objetan esta "exclusividad"). ¿Acaso el arte tiene sexo? ¿Acaso las mujeres constituyen una categoría específica en cuanto artistas? ¿O acaso no tolerarían la confrontación con los artistas varones? Debemos contestar, por supuesto, que el arte no tiene sexo, que las mujeres no son una categoría aparte y que tampoco son incapaces de tolerar la confrontación con los

hombres. Por otra parte, no se acostumbra presentar colectivas de hombres solos... De ahí que una exposición de mujeres pueda aparecer como peligrosamente sexista e injustamente discriminatoria.

Quizás dentro de algunos decenios nadie pensará en organizar una exposición de mujeres, porque se verá claro el número equivalente de artistas hombres y artistas mujeres. Hasta hace algún tiempo, en cambio, una exposición de este tipo dejaba entender algo así como que "para ser mujeres, no lo hacen tan mal. . .". Hoy, una exposición, como ésta, lo que pretende señalar es la riqueza, la calidad, el rigo, la variedad de la obra que producen las artistas de México: lo que para algunos será todavía una sorpresa. Se piensa aún que las mujeres "que hacen algo" son excepciones.

El artista es siempre una excepción, pero empieza a no haber menos excepciones entre las mujeres que entre los hombres. Y esto se da más en el terreno del arte que en el de la ciencia, la política, la industria, etcétera.

¿Es que las mujeres están especialmente dotadas para el arte? Tampoco me atrevería a afirmarlo; pero el arte se les ha concedido más fácilmente; al menos, en una forma marginal, como entretenimiento o como "adorno": la muchacha del siglo XIX

podía pintar un paisajito a la acuarela, bordar un ramillete de flores al "petit point" o tocar un vals en el piano, sin salir de su casa, sin olvidar en nada sus deberes ni poner a prueba su virtud... Así, subrepticamente, parece que las mujeres se aprovecharon de la autorización y empezaron a hacer arte de veras.

Otra cuestión que se plantea es si el arte de las mujeres es femenino. Y parece que en la mayoría de los casos no lo es. Lo femenino sería lo sinuoso, lo suave, lo dulce, lo tenue, lo delicado, lo espontáneo, lo ingenuo, lo sensual... En oposición a lo masculino, rígido, geométrico, vertical, áspero, vigoroso, intelectual... Los visitantes de esta exposición podrán verificar en qué medida la obra corresponde a este tipo de categorías.

En México se da el caso de un grupo impresionante de excelentes escultoras, que, por supuesto, no hacen muñecas ni bibelots; autoras de monumentos, escultoras que planean parques, adornan carreteras y ponen su mano en edificios públicos.

Las grandes dimensiones no les asustan a las mujeres. El tejido, por ejemplo —tradicional, ancestral oficio de mujeres— está tratado hoy por las creadoras de tapices con un amplio sentido del espacio: no el tejido para cubrir el asiento de una silla, sino el tapiz para el muro de un palacio, como fue concebido por los grandes artistas del pasado.

Se discute también si hay una temática específica o exclusivamente femenina, y parece evidente que no la hay. Aun los temas por definición femeninos, como la maternidad y los niños, han sido tratados reiteradamente y con penetración y ternura, por los hombres.

Esto no significa, sin embargo, que las mujeres no tengan algo propio que decir como tales, y que lo digan a veces. Desde este punto de vista, podría hablarse del arte de las mujeres como de una nacionalidad, como de una provincia. Hay artistas que de alguna manera revelan su nacionalidad, imprimen el sello del lugar en donde han nacido o vivido; otros, en cambio, aunque vivan en su tiempo, parecen habitar en un mundo sin fronteras. De la misma manera, hay mujeres que manifiestan su pertenencia al mundo de las mujeres, y otras no. Pero tampoco diría de ellas que pintan o esculpen o dibujan o practican la fotografía como hombres; lo hacen, simplemente, como artistas.

En cuanto a tendencias, preferencias, escuelas, corrientes, etcétera, todo lo que se diga del arte contemporáneo es aplicable a la obra de las mujeres artistas: abstracción, figuración, informalismo, nueva figuración, surrealismo, hiperrealismo, constructivismo, arte ingenuo... A nada de esto se le puede llamar masculino o femenino, y lo que es importante señalar es que hay de todo.

México, tan caracterizado como país machista, puede, sin embargo, enorgullecerse de sus mujeres artistas: las que aquí nacieron y las que aquí encontraron el terreno propicio para su creación. Por falta de espacio, por la abundancia de la obra actual, nos vimos obligadas a excluir de esta exposición a las artistas muertas, aunque no muy lejanas. Pero puede verse siempre la obra de Frida Kahlo, María Izquierdo, Remedios Varo, Celia Calderón, Lilia Carrillo y otras en museos y galerías. Cabe señalar que todas murieron jóvenes, más o menos jóvenes, en plena producción: terribles enfermedades o suicidios acabaron con ellas. ¿Podría deducirse que, a pesar de todo, para la mujer artista es particularmente difícil vivir? Quién sabe.

Entre las artistas que presentamos, en la exposición las hay muy jóvenes y ya reconocidas y triunfantes en el difícil mundo de la competencia. Quizás algo ha cambiado en el curso de los últimos años: las mujeres artistas no son ya seres solitarios a quienes pesa demasiado la existencia; caminan con soltura y sienten que su obra puede encontrar sin dificultad al espectador que la merezca.

También excluimos de esta selección, por las mismas razones de espacio, a las artistas de la provincia, a quienes habrá que dedicarles algún día especial atención. Las que participaron en esta exposición viven todas en la ciudad de México. Estos criterios —sin duda arbitrarios— de exclusión, nos permitieron, por otra parte, conocer, aunque en forma reducida, la obra de pintoras, escultoras, grabadoras, fotógrafas, tejedoras y ceramistas. Eliminar cualquiera de estas formas de expresión habría sido limitar demasiado la visión del arte de las mujeres. Y todavía tenemos que lamentar que no se presentara, en reproducción fotográfica, la obra de las arquitectas, y en muchos campos, el diseño de orfebres, decoradoras y escenógrafas. Aun una exposición tan amplia es inevitablemente incompleta. 

